

## Textos exposiciones

¿dios es así?, (Joan Colom, Fundación Telefónica, abril-mayo 2004), *Ubicarte*, abril 2004

Colom pertenece a una generación de aventureros de la cámara que, en Cataluña y en el resto de España, consigue fijar las brutales contradicciones de una realidad social en trance de cambio. Pero no es el registro documental el que nos interesa de esta exposición. Él habla de "hacer la calle", de ejercer de "notario de una época". Y sin embargo, se puede ver más de lo que el fotógrafo reconoce.

En este caso el fotógrafo no se preocupa por el sitio adecuado, por el momento justo, al estilo de los sacerdotes actuales, sino de robar, con el ojo táctil que perfora, el aliento de cualquier esquina. Incluso en las fotografías sociales, en el mundo del trabajo, en las escenas cotidianas, captura instantes de una vida secreta, una vida tan central que está siempre al borde de lo clandestino. Al menos en esta colección, no se dedica tanto a reproducir lo visible como a hacer visible lo invisible. Bajo la costra de la normativa social, hace perceptible la enigmática flexibilidad del tiempo mismo, un espíritu que sopla donde quiere. Lo político brota ante todo de aquí. Con la paciencia de quien se apiada de lo mínimo, le arranca a una sociedad empeñada en proscribir la "pobreza" ("¡La liberación de Barcelona continúa!", reza un periódico de la época) la universalidad de un instante donde la miseria se eleva a una rara densidad, ética y poética.

Una vez más, el *punctum* de Barthes. Con momentos arrancados de una lógica que prohíbe el instante, esa existencia mortal que respira sin saber de sí, Colom pone en tensión superficial todos los demonios del fondo. El misterio de la condición humana, por ejemplo, en la imagen de una niña bizca llevando a su hermano en la espalda. Ahí, como en el neorrealismo, un inestable perfume de la pobreza, lejos de la ignorancia hacia la potencia de lo pequeño que caracteriza a la cultura de la que entonces España empieza a sentirse orgullosa.

Colom ensaya la ciencia imposible del ser único. A la fuerza, el notario de la época retrata seres condenados a desaparecer. Lo que ha sido y ya no es. Lo que fue aplastado, escasamente habiendo sido. Es como si se tratase de apurar el *studium* sociológico hasta aproximarlos a los fenómenos de borde, esa galería de monstruos que llenan ahora nuestra trastienda. Niños, viejos, prostitutas, mendigos. Ángeles oscuros, mutación minoritaria del cielo. En este aspecto, Colom comparte con otros la pasión neorromántica por las afueras, también por el latente extrarradio del centro. Más cerca de Frank que de Avedon, no hay sin embargo puesta en escena, recreo en la identidad oficialmente maldita de los personajes pérfidos. Como no estamos en el maniqueísmo del Norte, es patente la ambigüedad, la temblorosa relación entre lo peor y lo mejor. Por ejemplo, en esos hombres tan atildados de los cincuenta, en esa estampa maravillosa de una sorpresa de niña con tirita en el mentón. Son imágenes que consiguen emocionar con tomas de una felicidad no menos enigmática que la desdicha.

Bodas del cielo y del infierno. Invirtiendo el emblema de Dostoievski, algunos han dicho: Si Dios existe, todo es posible. ¿Es esto entonces lo divino, un tullido llorando sobre la acera? En tal caso tendría algo de razón el poeta al decir: Pase lo que pase nunca pasa nada. Para confirmación de este designio, en el piso de arriba continúan sus propuestas las idioteces postmodernas de siempre.

Madrid, 17 de abril de 2004.